

FILMS DE AMOR

La Sortija Imperial



NÚM.
162

25
CTS.

Bil Dagover - Iván Petrovich

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:
Calle de Valençia, 234 - Apartado núm. 707
B A R C E L O N A

AÑO V

NÚM. 162

LA SORTEJA IMPERIAL

Adaptación en forma de novela de
la película del mismo título, interpre-
tada por el conocido artista del cinema

IVAN PETROVICH

.....

C I N E M A T O G R Á F I C A

VERDAGUER, S. A.

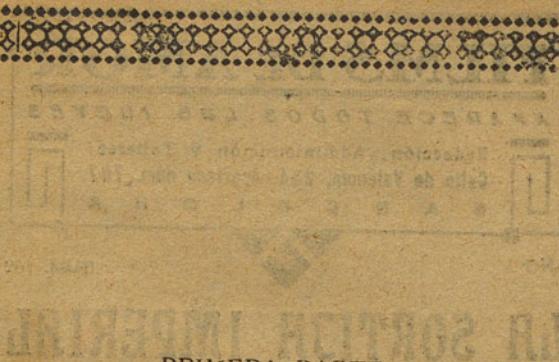
Vía Layetana, 53 Barcelona

.....

REPARTO

El baron de Trenck	IVAN PETROVICH
Princesa Maria	LIL DAGOVER
Condesa Elena	Vera Malinoskaia

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA



PRIMERA PARTE

En el siglo XVIII los caminos que cruzaban el pequeño y floreciente principado de Leronia dejaban bastante que desear a punto seguridad...

Un atardecer cruzaba camino de la capital una lujosa carroza, cuando de pronto se vió asaltada por una banda de malhechores que intentaron robar a las pasajeras que viajaban en el coche. En aquellos momentos volvía también, acompañado de sus servidores, el barón Octavio de Trenck, señor de aquellas tierras, en las cuales tenía autoridad de soberano. Al ver el asalto que se realizaba en sus dominios corrió en auxilio de los viajantes, y cuando consiguió hacer huir a los asaltantes, abrió la portezuela del coche y quedó sorprendido ante la belleza extraordinaria de las dos mujeres que se le ofrecieron a su vista. Se quitó



—¡Os lo ofrece vuestro más rendido adorador!

galantemente el sombrero y les dijo, haciendo una profunda reverencia:

—Lamento en el alma, señoras, que hayáis sido atacadas en mis dominios...

Las dos damas agradecieron con una sonrisa las frases y la ayuda que les había prestado aquel hombre desconocido y él siguió diciéndoles:

—¿Me haríais el honor de reponeros de la emoción en mi castillo?

—Imposible—respondió una de ellas—. Debo estar esta misma noche en la capital.

—Precisamente—insistió el barón—el camino más corto para ir a la capital pasa por delante de mi castillo...

Las dos damas se miraron y después de cruzar una mirada de mutua inteligencia aceptaron el ofrecimiento del barón y ordenaron al conductor del coche que se encaminase hacia donde les indicase el barón.

Eran aquellas damas nada menos que la bella Princesa María de Leronia y la no menos bella azafata, la condesa Elena de Nostis.

En el castillo del barón, rudo y fuerte como su dueño, las horas pasaban henchidas de alegría estrepitosa, mientras que su propietario estaba fuera. Mas al llegar éste echó fuera de allí a todos los sirvientes que se divertían, diciéndoles:

—¡Poned inmediatamente la mesa, preparad las copas!

Momentos después entraron las dos damas y la condesa Elena se acercó a la princesa y le dijo:

—Parece que se nota cierto olor a muchedumbre.

—Así parece—respondió la princesa—, pero es necesario convenir en que la aventura es graciosa y pintoresca.

El barón trajo una botella de vino y llenando los vasos de las damas obsequió con uno de ellos a la azafata, que era la que más im-

presión había hecho en él. La condesa, riendo alegremente, tomó la copa y le dijo:

—Pero yo no conozco siquiera al que me ofrece este vino.

El barón, sin dar su nombre, se limitó a decir:

—¡Os lo ofrece vuestro más rendido adorador!

La respuesta satisfizo a las damas, que rieron nuevamente, y mientras que el barón salía un momento a amar a los músicos, la condesa se acercó a la princesa y le dijo:

—Este hombre no es tonto, ni timido, pero, sin embargo, es de una rusticidad extraordinaria.

Había entrado ya el barón con los músicos, y en cuanto estos empezaron a tocar, se acercó a la azafata y le dijo:

—¿Me haríais la merced de bailar conmigo?

La condesa miró a la princesa, que, sonriendo, le hizo un signo afirmativo, y salió a bailar con el barón.

Demostró éste ser un excelente bailarín, y para dejar complacidas a las dos damas, sacó de nuevo a la princesa. Las mujeres iban animándose cada vez más, y encontrando interesante a aquel hombre. Este, animado también por la música y por las miradas de ellas, ordenó a los músicos que tocaran un aire regional, diciéndoles:

—¡Las czardas!

Obedecieron los servidores, y el barón nuevamente sacó a bailar a la azafata.

Los demás hombres que se hallaban a las órdenes de barón y las sirvientes, al oír la popular música no pudieron contenerse y entraron en el salón para bailar. Uno de los oficiales del barón fué en busca de la princesa, y ésta, familiarizada ya con el ambiente, se puso a bailar con él. Al cabo de media hora la azafata, completamente rendida por la actividad de aquel baile, se sentó en un sofá, y el barón fué nuevamente a buscarla, pero la condesa rehusó el ofrecimiento, diciéndole:

—¡No, no, gracias!... Me he divertido... pero no bailo más... ¿Queréis tener la amabilidad de hacer venir nuestro coche?

El mismo barón se encargó de hacerlo venir a la puerta del castillo, y una vez allí despidió a las damas, diciéndoles:

—Yo iré pronto a la capital... ¿Podré tener el placer de volver a veros?

—Soy la señorita Reiter, la hija mayor del joyero—respondió la princesa, ocultando su verdadero nombre—, y os presento a mi amiga Elena.

El barón, al tener cerca de él el rostro bellísimo de la princesa, sintió unos deseos locos de besarla, y le dijo, apresándola entre sus brazos:

—¡No saldréis de aquí sin haber pagado vuestro rescate!



—¡No saldréis de aquí sin haber pagado vuestro rescate!

La princesa rió nuevamente, pero el barón, aprovechó aquella risa para besar fuertemente a la princesa, que no pudo abstraerse al fuego de aquel beso. Cupando por fin la dejó en libertad, sin enfadarse por lo que había hecho, corrió al coche, donde ya la esperaba la azafata, y le dijo:

—Recordad que no tenéis de qué enganecerlos. Ese beso ha sido robado.

—El próximo—respondió riendo también el

barón—me lo daréis, en cambio, sin que yo os lo pida. ¿Por qué no me dejáis un recuerdo de vuestro paso por mi castillo, para que os pueda reconocer?

La princesa se quitó la sortija imperial que llevaba en uno de sus dedos y se la entregó, diciéndole:

—Aquí tenéis esto en recuerdo de nuestro conocimiento.

Y mientras que el barón besaba la sortija que la princesa había depositado en su mano, el coche real partía, rápido camino de la capital.

impresionó al barón que su propia sombra parecía ser una bella princesa. Y al verla más claramente, su belleza era aún más hermosa que la de la azafata. Y al verla así, el barón se quedó sin saber qué hacer, ya que su amor la había llevado a quererla tanto que no quería separarse de ella.

SEGUNDA PARTE

No tardó muchos días sin que el barón Octavio de Trenck acudiera a la capital en busca de su bella amiga. En él imperaba el recuerdo de aquellas dos mujeres, pero con más fuerza aun el de la azafata. Inmediatamente de su llegada a la capital, en cuanto dejó a sus hombres en un mesón, se dirigió con uno de sus oficiales hacia el sitio donde estaba situada la casa del joyero Reiter. Mientras que el barón entraba en el establecimiento, su oficial se quedó en la puerta, mirando distraídamente el escaparate.

Al poco tiempo de estar viendo alhajas, el barón se fingió malo, y le dijo al dueño del comercio:

—Me siento mal... ¿Os molestaría darme un vaso de agua?

Inmediatamente entró el joyero al interior de la casa y al poco tiempo salió una joven ofreciéndole un vaso de agua. El barón, que esperaba ver salir a la hija mayor del joyero,

cuando vió que no era aquella la persona que él buscaba, preguntó:

—Yo quisiera pediros un favor... ¿No hay en la casa alguna otra dama?

La joven afirmó con la cabeza, mientras que el joyero atendía al oficial del barón, que acababa de entrar, y Octavio, sin esperar la venia de nadie entró precipitadamente al interior. Allí vió a varias mujeres reunidas, pero no a la que él buscaba. Sin poderse contener en vista de su fracaso, volvió a decir:

—Vuestra compañía me es muy grata, señoras... Pero yo busco a la hija mayor del joyero...

—La hija mayor soy—respondió la que le había servido el agua.

—Perdón, entonces—se disculpó el barón—. Debo haberme confundido...

Y salió de nuevo a la tienda, donde su acompañante seguía mirando sortijas, y le dijo al dueño del establecimiento:

—Tenéis muy bellas hijas, señor, y una casa hospitalaria... pero, a decir verdad, he salido peor que he entrado.

Entre tanto, frente al mesón donde acampaban los hombres del barón de Trenck, en la plazoleta que allí existía, varios hombres trajeron a una bella muchacha y la amarraron en la picota destinada para castigar a los delincuentes. Medio desnudaron a la joven, que lloraba amargamente, con la cabeza baja,

procurando ocultar la vergüenza que sentía, y el que hacía de alguacil leyó la sentencia, gritando:

—Se condena a la joven Gertrudis Sattler, que ha sido encontrada por la noche con un hombre que no era su prometido, a ser expuesta en la picota durante seis horas, a la vergüenza pública.

Uno de los servidores del barón, al ver la injusticia que se llevaba a efecto, exclamó, indignado:

—¡Esto es denigrante! ¡En la picota porque se la ha encontrado con un hombre!

—¡Nosotros no podemos consentir eso! — exclamó otro—. ¡Vamos a libraria!

Y tal como lo pensaron lo hicieron. Arremetieron con los escasos soldados que había y libraron a la joven de aquella vergüenza pública. Pero pronto llegaron más refuerzos y quedaron hechos prisioneros.

Al llegar el barón al mesón, el mesonero le explicó todo lo que había pasado, y terminó diciéndole:

—¡Los hombres de vuestra Señoría se han apoderado de la condenada! ¡Se los han llevado finalmente los soldados de la princesa!

Al saber lo ocurrido el barón fué inmediatamente a ver al Comisario Superior y le dió cuenta de lo sucedido, diciéndole:

—¡Exijo que se ponga en libertad a mis

hombres! ¡No hay hecho más que impedir que se cometa una injusticia!

—¡Vuestros hombres—exclamó el Comisario—han causado un desorden! ¡En la prisión podrán meditar sobre las injusticias, mejor que en ninguna otra parte!

—¿Os negáis a libertarlos? ¡Pues yo los libertaré, aunque tenga que ver a la princesa!—terminó diciendo el barón.

Ya están a la venta

La Colección de tarjetas postales
que usted deseaba:

**LOS DIEZ MÁS SUGESTIVOS DE LOS POR
LOS ARTISTAS MÁS SIMPÁTICOS**
Colecciones de 10 postales 2 pts.

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

No se venden postales sueltas. Acompañar el importe y
sellos de correo o por Oiro Postal.

TERCERA PARTE

Al día siguiente se hallaba el barón en la antecámara real, en posesión de un documento que decía:

“Concedemos al barón de Trenck el favor de la audiencia particular, para permitirle que nos exprese las quejas que pueda tener contra nuestros servidores.

María.”

Poco rato después fué llamado por la princesa y entró en la cámara real. Al ver a la princesa reconoció inmediatamente a la dama que noches atrás había estado en su castillo, y sonrió, queriendo darse a conocer. Pero la severa mirada de la princesa le hizo cambiar inmediatamente de actitud y se arrodilló ante ella esperando a que hablase. Esta, después de leer el atestado que del hecho se le había facilitado, le preguntó:

—¿Osáis presentaros ante mí, después del escándalo dado por vuestros servidores?

El barón, una vez obtenida la venia para

levantarse y hablar, respondió energicamente:

—Señora, os deben haber informado mal.

—Aquí tengo el proceso verbal que me ha interado fielmente de la hazaña! — exclamó la princesa, que a duras penas si podía contener la risa y mantener su seriedad. — Si mis soldados no hubiesen intervenido, habrían amotinado a toda la ciudad.

Fué a hablar nuevamente el barón, pero la princesa le atajó diciéndole, con marcada intención:

—Sé lo que vais a decirme: "Mis soldados saben beber, jugar, batirse..." y yo añado "¡Y hacer la corte a las mujeres!"

Anduvo varios pasos por la estancia para contener la risa que la ahogaba, y se volvió nuevamente al barón, diciéndole:

—Por esta vez consiento en perdonarlos, pero con una condición. Esos hombres formarán un destacamento regular...

El mayordomo mayor de palacio fué a intervenir, mas la princesa no le dió tiempo, y terminó diciéndole:

—El barón de Trenk será su comandante.

Y mientras que el barón salía del palacio, la princesa recordaba sonriendo la primera entrevista que había tenido con aquel hombre.

Razones de Estado y corrientes de simpatía habían hecho del príncipe Roberto de Hoffenbach el pretendiente de María Teresa de Leroniea, pero su carácter ligero le impulsaba a

cortejar a la condesa Elena. Aquellas avenencias de los dos príncipes eran ya públicas, y volverse atrás hubiera sido producir un verdadero escándalo en la Corte y una gran perturbación en la política del país.

Mientras que la princesa recibía en audiencia al barón, el príncipe aprovechaba la coincidencia de encontrar sola a la condesa para intentar besarla. La azafata consiguió evadirse de los brazos del príncipe, y le dijo energicamente:

—¡Señor, nunca abusaré de la confianza de mi amiga la princesa!

Antes de que pudiera contestarle el príncipe, se abrió la puerta de la cámara real y salió el barón. Hizo una leve inclinación de cabeza al príncipe, que entró seguidamente a donde estaba su prometida, y fijándose en la azafata le dijo:

—¡Bien os burlasteis de mí el otro día!

—No os ha acogido bien la señorita Reiter? —preguntó riendo la princesa.

—Al principio fué una verdadera tempestad. Pero después se mostró más amable... ¡Gentil, encantadora!

La condesa se echó a reír, y dejando que el barón besara su mano, entró en las habitaciones particulares de la princesa, deseosa de saber cómo se había desarrollado la entrevista. Allí encontró a su real amiga, y ésta le re-

firió lo que había ocurrido, diciéndole alegremente:

—Le he sermoneado como se merecía... Con entereza... con despotismo...

—Pretendería no dejaros hablar—respondió la condesa—. Es un carácter vehementísimo ese barón.

—No lo creas—le contestó la princesa María—. Me escuchó con la cabeza baja, como un niño reprendido por su maestra...

Las dos mujeres reían alegremente, con esa jovialidad propia de su juventud y con la simpatía que en ambas había despertado el barón de Trenck, desde la noche en que tan improvisadamente le habían conocido.

—De todos modos — terminó diciendo la princesa—, quisiera volverle a ver... No quiero que guarde de mí una mala impresión...

La condesa sintió por primera vez en su vida un deseo de revelarse contra la orden de la que más que princesa era para ella su amiga, pero supo contenerse, y al día siguiente el barón de French recibió una perfumada carta que decía:

“Querido barón: Me daríais una verdadera alegría viniendo hoy a tomar el te a mi casa.

Elena, Condesa de Nestiz.”

Esta entrevista, como ya puede suponerse, fué preparada por la princesa, que antes de la hora ya había llegado al palacio de su amiga la condesa, así es que cuando apareció el

barón, la princesa María excusó su presencia, diciéndole:

—Una agradable coincidencia, ¿verdad? Pasa por cerca del palacio de mi amigo Elena y entré a tomar el te...

La princesa reía alegremente antes las ocurrencias, algo rústicas, del barón, y cuando más agradable era la entrevista, una visita importuna vino a interrumpirla. La princesa miró a su amiga, que comprendiendo lo que quería decirle, salió a detener al visitante.

Era precisamente el príncipe Roberto, que no perdía ocasión de cortejar a Elena.

Esta se dió cuenta en el acto del peligro que corría su amiga si el príncipe llegaba a sospechar que su prometida estaba con otro hombre, y sin rehuir por completo las galanterías del príncipe, procuró irlo alejando del lugar en donde la princesa hablaba con el barón, que cada vez más fascinado por la belleza de aquellas dos mujeres, le hubiera sido difícil decir a quién de las dos amaba más, aun cuando su corazón sentía una verdadera inclinación hacia la azafata.

Hizo un movimiento para acercarse más a la princesa, y ésta lo detuvo, diciéndole:

—¡Alto, señor comandante! ¡Atacáis demasiado aprisa!

El ya se había apoderado de una mano de la princesa y se la besaba apasionadamente.

Entonces se dió cuenta la dama que en el

dedo del barón lucía la sortija imperial que ella le regalara, y le dijo:

—Devolvedme mi sortija. Podrás regalársela a la primera advenediza a cambio de un beso.

El negó con la cabeza satisfacer el deseo de la princesa, y le respondió:

—Si algún día beso a otra mujer, os doy mi palabra de devolveros la sortija...

Se hizo un embarazoso silencio entre los dos. Hablaban sus ojos más que sus labios, y la princesa, temerosa de dejarse influenciar por el misterio de aquella entrevista, se dirigió al piano y comenzó a tocar una "czarda". Instintivamente fueron acercándose el uno al otro, sus labios estaban ya a punto de fundirse en un beso, cuando la princesa, recobrando el dominio sobre sí misma, se apartó, diciéndole:

—Debéis marcharos, comandante...

—Y no me pedís nada?—preguntó el barón.

—Solamente que me dejéis sola, es mi ruego—le suplicó la princesa.

A pesar de su vehemencia, de su carácter impulsivo, guardaba el barón un concepto tan elevado de lo que era la caballerosidad, que no insistió y salió de la habitación en el mismo momento en que el príncipe había conseguido retener en sus brazos a la condesa y besarla.

Así los sorprendió el barón, y excusó su presencia, diciendo:

—Mil perdones... Creía que la condesa estaba sola.

El príncipe, molestado por la importuna presencia de aquel hombre, y fijándose en la sortija que llevaba puesta, le respondió secamente, a la vez que salía de la estancia:

—Os aconsejo, señor barón, que os dedicéis a cortejar a otras mujeres!

—Seguiré fielmente vuestro consejo, Alteza —respondió, tan cortés como irónicamente.

La condesa Elena, avergonzada de lo que había presenciado el barón, permanecía en un ángulo de la estancia sin atreverse a hablar, y fué él el que le dijo:

—Creedme que siento de veras haber turbado una entrevista tan interesante...

La condesa intentó excusarse, pero él la atajó, diciéndole:

—Nada tenéis que explicarme, condesa. Estad segura de mi discreción.

Y salió del palacio de su bella amiga, algo amargado por lo que había presenciado, pero sin poder olvidar la gentil figura de la bella condesa Elena.

—ojo de barcos y notar la sombra que en la noche se proyecta sobre el agua.

CUARTA PARTE

Aquella noche sombras de inquietud se tendían sobre los palacios de los dos príncipes prometidos. El príncipe Roberto hablaba con su secretario particular y hombre de confianza, y le decía:

—He visto esa sortija en el dedo del barón, y es preciso quitársela por la astucia o por la fuerza.

—Descuidad, Alteza, yo me encargo de traerosla—respondió el secretario.

A la misma hora, la princesa, acostada en su lecho, despedía a su azafata, y antes de que ésta abandonara la alcoba real, le dijo:

—El príncipe sospecha, Elena... No estaré tranquila mientras que el barón tenga mi sortija... Tú vas a ir mañana a casa de Trenck y se la pides de mi parte.

Elena se acordó del modo cómo la había visto aquella misma tarde el barón y se negó a lo que le pedía la princesa, diciéndole:

—¡No me pidáis eso, Alteza... le temo a ese hombre!

—Debes prestarme este servicio, Elena—le suplicó la princesa—. Sabes que tú eres la única persona en quien confío.



—He visto esa sortija en el dedo del barón.

Y nuevamente el amor que sentía por su amiga obligó a la condesa Elena a acceder a su deseo, bien en contra de su gusto.

Ella misma había llegado a comprender que amaba al barón, y su sola presencia era bastante para dejar traslucir el sentimiento que le experimentaba. Pero el temor a verse despreciada por él, creyendo que amaba a la princesa, era lo que le había hecho también rehusar en un principio la entrevista a que le obligaba la princesa.

A la noche siguiente se hallaba el barón re-

unido con varios compañeros de armas, entre los que se encontraba el secretario del príncipe, y después de beber y cantar alegremente, el secretario del príncipe propuso una partida de dados.

Jugaron varias veces y en todas ellas perdió el barón. Se cumplía el refrán de que "afortunado en amores, desgraciado en el juego". Cuando más interesante se hacía la partida, apareció un criado y le dijo al barón:

—Una dama desea veros. No ha querido dar su nombre. Os espera en la habitación superior.

El barón corrió apresuradamente hacia donde estaba la dama, y al levantarse ésta el velo que cubría su rostro y ver que era la azafata de la princesa, no pudo contener un grito de alegría:

—¿Vos aquí?... ¿A verme?

—He venido a pediros la sortija que os entregó la princesa... Quiere que se la deis.

El la miró, y acordándose de la escena del día anterior, sospechó que se trataba del príncipe, en vez de la princesa, y respondió sonriendo:

—No creo que la princesa pida la sortija... Creo más bien que es otra persona quien os envía... Una persona con la que tenéis profunda intimidad.

La condesa, al comprender la duda que había despertado en él, no pudo evitar que

sus ojos se humedecieran de lágrimas, y el barón se acercó a ella, diciéndole:

—No lloréis, Elena. Secad vuestras lágrimas y confesad que tengo razón en lo que digo.

Pero la condesa, ante aquella duda cada vez más manifiesta, levantó enérgicamente la cabeza y exclamó:

—¡No, no es verdad!... ¡Ha sido la princesa!... ¡Me ofendéis dudando de mí!

El barón se había ido acercando a ella. Tenía aquella mujer para él un encanto tan misterioso, ejercía tal influencia en su ánimo, que sin darse cuenta de lo que hacía la estrechó apasionadamente entre sus brazos, diciéndole:

—No os dejaré salir sin que paguéis vuestro rescate.

Sus labios buscaron los de la condesa, y un beso fuerte, apasionado, unió aquellos dos seres. La condesa respondió con todo su corazón al beso del amado, y al final, cuando se vió libre del dulce abrazo, corrió hacia la puerta, diciendo:

—¡Sois un monstruo!... ¡Os odio!

Pero no se llevó la sortija...

Abajo esperaban sus amigos su vuelta, y cuando volvió el barón, el secretario del príncipe insistió en seguir jugando.

—He perdido cuanto dinero tenía—respondió, rehusando, el barón.

Podéis jugar, y pagar, si perdéis, en otra ocasión,

—Gracias—contestó el barón—; no juego nunca a crédito.

—Hagamos una cosa—exclamó el secretario, sin dar importancia a sus palabras—. Os juego mis ganancias sobre todo lo que llevéis sobre vos.

—Acepto la apuesta—respondió el barón, sacándose cuantos objetos llevaba en los bolsillos y depositándolos sobre la mesa.

Tiraron nuevamente los dados, y otra vez le tocó perder al barón, que entregó todo lo que había puesto sobre la mesa al secretario. Mas éste, deteniéndole la mano, le dijo:

—Olvidáis esta bonita sortija, barón. Todo lo que llevabais encima estaba en juego, por lo tanto, la sortija me pertenece.

—Os entregaré mañana la suma que representa—respondió el barón, negándose a entregar la joya—. Esta sortija es un recuerdo y no puedo darla.

El secretario se levantó de su asiento, y dirigiéndose a los presentes, les dijo:

—Sois testigos, señores, de que el barón de Trenck falta a su palabra.

—Esa ofensa no la he podido oír jamás sin castigar al miserable que la ha pronunciado—exclamó el barón, sacando su espada.

El secretario desenvainó la suya, y el jefe de ellos quiso poner fin a la contienda, diciendo al barón:

—Os ruego que entreguéis vuestra espada, comandante Trenck.

Pero el barón defendíase ya contra el secretario, y poco después los partidarios de uno y otro sostenían una verdadera batalla, hasta que llegaron unos soldados, y el jefe de ellos le ordenó al barón que le entregase la espada. Cumplió la orden el barón, mientras que su jefe le decía:

—En nombre de la ley os detengo, comandante Trenck!

Y aquel joven impetuoso, que en sus dominios no tuvo nunca más ley que su voluntad, se vió detenido por otros hombres a quienes fácilmente hubiera vencido con su espada.

abogados suscavó el argumento que apoyó el
caso del barón, y el fiscal del Supremo
dijo: «No se ha cometido delito alguno y el barón
debe ser liberado». QUINTA PARTE

A los pocos días se había celebrado el Consejo de Guerra que debía juzgar al comandante Trebeck, y éste fué llamado para leerle la sentencia que le condenaba.

Por única respuesta a la falta que se le imputaba, el barón contestó:

—¡Me insultaron!... ¡Yo no hice más que defenderme!... ¿Puedo saber si su Alteza ha firmado la sentencia?

Todavía tenía el barón cierta confianza en que la princesa se hubiera negado a firmar su destierro, pero el fiscal le enseñó la orden en la cual iba estampada la firma regia. Aquello le dolió aún más que su mismo destierro, pero acató la orden sin protestar y firmó a su vez el "enterado".

No fué fácil conseguir de la princesa que firmase la sentencia. El día anterior al que tuvo lugar la escena que acabamos de narrar, la princesa recibió al fiscal del Supremo, quien le puso a la firma la orden del destierro del barón, que decía, después de dar cuenta del delito que se le imputaba.

“... y será conducido a la fortaleza de Sierg, para quedar allí prisionero cinco años.”



—Vengo a haceros una súplica, Alteza.

—¡No firmaré esta sentencia!—exclamó la princesa, levantándose.

—Se trata del prestigio del ejército, señora—se atrevió a insistir el fiscal—. La indisciplina del comandante Trenck debe ser castigada.

Pero en el corazón de la bella princesa luchaban dos encontrados sentimientos, el del amor que el barón había sabido inspirarle y el cumplimiento de su deber como soberana. Pudo en ella más el primero y nuevamente se negó a firmar. Entonces entró el príncipe, y al saber

de qué se trataba, se acercó a ella y le dijo cortésmente, pero demasiado insinuante para que su prometida comprendiese su intención.

—Opino que lo más conveniente es que firmeis. Los señores han administrado justicia rectamente, y no podéis desautorizarlos.

Nuevamente el deber se imponía, y la princesa María, haciendo un esfuerzo, firmó el documento, retirándose a sus habitaciones interiores para no hablar con nadie.

Allí se encontró con su azafata, que le suplicó, llorando:

—Vengo a haceros una súlica, Alteza... Perdonad al barón de Trenck... Hacedlo por mí.

La princesa sintió todas las fuerzas de los celos, al comprender que su azafata estaba enamorada del barón, y exclamó, indignada:

—Te ha hecho la corte a ti también, ¿verdad?... ¿Y tú le amas?

La condesa bajó la cabeza en señal de asentimiento, y la princesa, comprendiendo la injusticia que hacían con su amiga, cambió inmediatamente de tono y dijo en son de broma:

—¡Ese don Juan es verdaderamente terrible!... ¡Debería encarcelársele a perpetuidad!

—Vuestra Alteza me perdonará—insistió la azafata—, pero ha sido la sortija la causa de la condena del barón.

—Puedes estar tranquila, amiga mía. Yo te devolveré al barón—terminó diciéndole la princesa.

En efecto, todavía no había andado media jornada el coche en que iba conducido el barón, cuando el jefe de la escolta recibió un pliego de la princesa, que decía:

“El prisionero barón de Trenck debe ser puesto inmediatamente en libertad a disposición del coronel Plitz.”

Este se hizo cargo del barón y sin decirle una palabra lo condujo al palacio de la condesa Elena.

Al verla, el barón no pudo menos que expresar un gesto de extrañeza, y le preguntó:

—¿Cómo vos aquí, Elena?—y acordándose de la frase que ella pronunció al salir noches antes de su casa, después de haberla besado, volvió a preguntarle burlonamente: —Todavía no me aborrecéis?

—Os he hecho venir—le respondió Elena, acercándose cariñosamente al barón—para deciros que la princesa os ha perdonado...

—¡Yo no quiero el perdón de la princesa! —exclamó el barón, impetuosamente.

En esto se abrió la puerta y apareció la princesa, diciéndole:

—¿No lo aceptaréis tampoco, si soy yo misma quien os lo trae?

El barón quedó extrañado de aquel rasgo de la princesa María, y ésta aprovechando la ocasión, siguió diciéndole:

—Habéis besado a otra mujer, y ahora, querido barón, habéis perdido la sortija.

—Lleváis razón, señora—respondió el barón, entregándole la sortija—. Aquí la tenéis.

La princesa llamó a su azafata y le dijo, de forma que no pudiera oírlo el barón:

—Vete con él y se feliz... Yo esperaré a mi príncipe... Yo misma he hecho la delación que le traerá aquí.

La condesa Elena, mientras que su señora entraba en la cámara, de donde había salido antes, se acercó al barón y mirándolo amorosamente le dijo:

—Huyamos ahora, Octavio... Así la princesa podrá explicarse mejor con el príncipe.

No se hizo repetir la orden el barón, tomó a la condesa por un brazo y salió al jardín donde esperaba su caballo.

Pero no tuvo tiempo para impedir que el príncipe lo viera e indignado por los celos entró en busca de la princesa, para pedirle explicación de su conducta. A penas la vió le dijo:

—¡Sé que habéis hecho venir a esta casa al prisionero Trenck!... ¿Puedo saber lo que esto significa?

—El barón está aquí, en efecto—respondió sonriendo la princesa—y vais a verlo ahora mismo.



—El barón está aquí, en efecto—respondió la princesa—

Lo condujo á una ventana que daba al jardín y señaló el grupo que formaban el barón y la condesa, que se alejaba rápidamente hacia las posesiones de Trenck.

—Aquel es el barón de Trenck—siguió dirigido diciendo la princesa, mientras que rodeaba con su brazo el cuello del príncipe—, pero ya no es mi prisionero, sino el de Elena... para siempre.

Sintió que los ojos se le empañaban de lá-

grimas, pero tuvo fuerza suficiente para acordarse que era princesa y que antes que su corazón eran los deberes de Estado. Huía el verdadero amor, pero ella sabría encontrar la felicidad en aquel otro que los deberes de su alcurnia le imponían.

FIN

ATMOSFERAS

PIDA el nuevo CATALOGO de
"BIBLIOTECA FILMS"
que contiene entre otros éxitos
EL DESFILE DEL AMOR y las nuevas
colecciones de tarjetas postales. LOS DIEZ
MAS SUGESTIVOS BESOS POR LOS
ARTISTAS MAS SIMPATICOS'

Lo remite gratis:

Biblioteca Films - Apartado 707 Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franquese gratis.

SOLAMENTE
BIBLIOTECA FILMS

puede ostentar el
Título de la supremacía
96 **96**
PÁGINAS DE TEXTO

ARTÍSTICAS ILUSTRACIONES

he los grandes éxitos de esta temporada

Tomos a UNA peseta

EL DESFILE DEL AMOR	M. Chevalier
RIO RITA	Bebe Daniels
RASPUTIN.	Gaidaroff
EL ARCA DE NOÉ	Dolores Costello
LA MASCARA DE HIERRO	Douglas Fairbanks
TRAFalgar.	Corinne Griffith
EL LOCO CANTOR	Al Jolson
LOS PECADOS DE LOS PADRES.	E. Jannings
EL AMOR Y EL DIABLO	Milton Sills
MENTIRAS DE NINA.	Brigitte Helm
LA MUJER DISPUTADA	Norma Talmadge
LA INTRUSA	Gloria Swanson
EL CAPITAN DE LA GUARDIA	L. La Plante
¡ME PERTENECESI!	F. Bertini
LA FIERECILLA DOMADA	Mary Douglas

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.